

“Hacia el hombre responsable”

Prólogo

“En cada niño nace la humanidad”
Jacinto Benavente.

Según la Real Academia Española, “responsable” significa “obligado a responder de alguna cosa o por alguna persona”, y “dícese de la persona que pone cuidado y atención en lo que hace o decide”. ¡El hombre responsable!. Este título es la respuesta a cómo puede hoy la humanidad cambiar de derroteros seculares de disparidades, asimetrías, violencia, fuerza... en iluminados caminos de igualdad, justicia, diálogo, conciliación. Es la solución: cada ser humano único, responsable de sus actos. Capaz de actuar responsablemente según lo que su conciencia, contrastada con la opinión de los otros, le dicta. Y no actuar ya nunca más según pautas establecidas por otros, según formas que consolidan el dominio de la mayoría por unos cuantos. “Es la ley”, se nos ha dicho cuando alguien ha pretendido recomponer tantas cosas trastocadas y enderezar tantos rumbos erráticos. Ser “responsable” se ha equiparado a ser “obediente”, a “cumplir” la tarea que le había correspondido en virtud de su lugar de nacimiento, sexo, condición... . Y así se han perpetuado los mecanismos de sometimiento, la defensa de los privilegios “establecidos” por los mandatarios sobre quienes viven en condiciones más desfavorables en los tiempos apacibles.

El hombre responsable, conocedor de sus derechos y celoso de su libertad, responde ahora: “Sólo respetaremos las leyes justas”. Esta transición de la legalidad a la justicia, modulada permanentemente por el pueblo, es el fundamento mismo de la “aldea global” que nos corresponde construir a todos, las manos unidas, sin someternos a fórmulas emanadas de instancias que se han acostumbrado a mandar siempre porque han sabido persuadir a todos los demás de que debían obedecer.

El hombre responsable, conciente de sus facultades, de sus derechos y deberes, capaz de elaborar las propias respuestas y saber argüir en favor de ellas. El hombre responsable, que halla tiempo para la reflexión, para pensar, desde distintos ángulos, en las diversas cuestiones que deben definir su actitud, su comportamiento. Sin meditación no hay dirección, sólo hay velocidad. Es imperativo valorar cada instante y aprovecharlo debidamente, para cuando lleguen los momentos de confusión y abatimiento. “Carpe diem”: ¡Exprimir cada día!. “El trajín, ha escrito Ángel Gabilondo, potencia la mera conservación de lo que ya ocurre... . Todos víctimas y nadie responsable. Cansados, aburridos, desalentados, rendidos, para mayor gloria de la continuidad”.

Responsables, para participar, para anticiparnos. Responsables, sobre todo, hacia las generaciones venideras. Alexis Carrel, escribió lucidamente: “Quien no toma parte activa en la vida colectiva, sobre todo en épocas de crisis, incumple sus responsabilidades en relación a sus hijos. Para preparar la sociedad de mañana, es necesario en primer lugar conocer la realidad de hoy. Esta aprehensión de la realidad requiere un esfuerzo obstinado, sincero, para comprender los acontecimientos que tienen lugar en nuestro entorno, no sólo en nuestro pueblo, en nuestra ciudad, sino también en nuestro país y el mundo entero”. El hombre responsable se implica, se

compromete, reflexiona, actúa. Se atreve. He repetido en muchas ocasiones la importancia de que, junto al “sapere aude” de Horacio -¡atrévete a saber!- es preciso saber atreverse.

Este libro, lector, constituye un relato fascinante, en forma de diálogo, sobre cómo, en los albores de siglo y de milenio, la condición humana puede vislumbrar nuevas soluciones y establecer nuevos puntos de referencia. Es como una brújula para orientarnos en tantas situaciones turbulentas y complejas que pueden inducirnos a abandonar nuestra misión, a ser hoja al viento, renunciando a las formidables propiedades que caracterizan a la condición humana.

Lo he leído de un tirón, primero, y, luego, muy despacio, bien “remascaíto”, como ha aconsejado el Piyayo. Al terminar, te sientes enriquecido, fortalecido, más seguro –sea cual sea la propia opinión- de la capacidad de los seres humanos para “dirigir su propia vida”, como define Francisco Giner de los Ríos a la educación, en unos términos seguramente insuperables.

¡Dirigir la propia vida!. Observar, pensar, escuchar, leer y resolver, al filo de las luces y de las sobras, de las certezas y de las incertidumbres –es ahí donde radica la libertad- nuestras propias respuestas en cada momento. Sabiendo que, como ha escrito José Luis Pinillos, “las cosas no son lo que son en sí sino en mí. El hombre responde a la representación que tiene de la realidad”. Inmersos, asentados en nuestros propios convencimientos, corremos el riesgo de decaer en la búsqueda, en la actitud de vigía, en la escucha... hasta que lleguen a cumplirse los terribles versos de Jesús Massip, que tanto han influido en mi comportamiento: “Las horas vuelven/ y nos encuentran/ instalados y dóciles”. No: que nos hallen siempre

preparados, despiertos, en pie de paz y de justicia, capaces de no deslumbrarnos y, al mismo tiempo, de escudriñar en la oscuridad, de ver con poca luz, porque también la sombra es hija de la luz. Nadie puede saltar sobre su propia sombra, es cierto, pero no debemos permitir que nos oculten las ajenas.

Matías Tomás Salvá piensa que ha llegado la primavera de la razón sobre el dogma. La ciencia aporta conocimientos, des-velamientos de la realidad que subyace, aunque no despeje las preguntas esenciales, la cuestión radical de la existencia, de estar viviendo. En Teotihuacan, “donde los dioses iracundos”, escribí en septiembre de 1981: “Nada sé, salvo que soy,/salvo que estoy aquí /estremecido./ Salvo que veo, pienso y tiemblo./ Nada soy, salvo que sé, /... que cuando emergió el hombre/... el universo se pobló de luz,/ de creadores./”.

Los avances de la ciencia han procurado espectaculares victorias sobre los agentes patógenos, en la salubridad, en la comunicación. Sin embargo, no se ha sabido repartir. Ha prevalecido el “yo” sobre el “nosotros”. Y no es el bienestar material el que, a la postre, nos satisface. No es el saber más, con ser muy importante. Es el saber-nos, el sentir-nos parte de un destino común, que aparece con mayor apremio en los momentos críticos. En condiciones de bonanza, los pasajeros del navío se reconocen blancos y negros, hombres y mujeres, ricos y pobres, viejos y jóvenes... pero, como en el cuento leonardino, cuando el vendaval y la tormenta llevan la zozobra hasta el peligro de irse a pique, súbitamente ya no hay a bordo jóvenes o viejos, ricos o pobres, hombre o mujeres, blancos o negros,... sino pasajeros que comparten un destino común y aportan todo cuanto pueden y saben para que no se consume el naufragio.

Hoy sabemos más de nosotros y de lo que nos rodea, pero el progreso en el qué somos no se corresponde con el quién somos ni en el qué será de nosotros. Las facultades de los seres humanos -“ojos del universo”- desbordan cualquier explicación. No tener respuesta no justifica en modo alguno dejar de plantearnos las preguntas. Es indispensable confesar lo que desconocemos y seguir sin pausa la búsqueda.

Uno de los hechos más importantes a tener en cuenta en el momento en que tiene lugar este interesantísimo diálogo entre Matías Tomas y Jean Dausset es la mayor longevidad que caracteriza a la humanidad en su conjunto. Vivir más años presenta, sin duda, aspectos muy positivos pero comporta también una dependencia progresivamente mayor. La salud ha evolucionado gracias al mejor conocimiento de las bases fisiopatológicas. Sin embargo, el acceso a los tratamientos sigue limitado, contribuyendo de manera relevante a las asimetrías sociales que empañan los impresionantes adelantos científicos, hasta el punto de llegar a constituir un auténtico delito, como en el caso de la protección por patentes de los tratamientos anti-Sida. Aquí, de nuevo, se hace sentir la urgente necesidad de un marco ético-jurídico a escala supranacional, de unas Naciones Unidas fuertes y dotadas de los recursos humanos y materiales que les permitan evitar aspectos deleznable de una política que ha olvidado, por los imperativos de beneficios económicos a corto plazo, los objetivos fundamentales de la igualdad y de la justicia distributiva.

Las drogadicciones, el abuso del alcohol, la anorexia, la obesidad... se unen a las enfermedades neurodegenerativas propias de la mayor edad alcanzada. Con la misma óptica de rendimiento de las inversiones – progresivamente procedentes del sector privado- se olvida que cada

paciente es distinto y que, si en algo debe invertirse, es en sanidad “personalizada”. Lo mismo que en educación.

El conocimiento siempre es positivo. Sus aplicaciones pueden no serlo. Pueden, incluso, ser perversas. Por ello es fundamental el sentido de la responsabilidad en todos los profesionales. El profesional responsable no puede permanecer silencioso, no puede distraer su atención cuando están en juego posibles peligros a escala personal o colectiva. Sobre todo, no puede permanecer silencioso cuando se trata de aspectos que pueden comprometer, a veces de forma irreversible, el futuro.

Las generaciones venideras constituyen nuestra suprema responsabilidad, nuestro mayor compromiso. No podemos ofrecerles como legado un mundo social y económicamente dislocado, con una naturaleza herida, con una cultura uniformizada, con unos principios éticos deslucidos. No podemos abandonarles en medio de la bruma, desorientados. Creo que ha tenido lugar una irresponsabilidad histórica cuando, al final de los años 80 del siglo pasado, en un momento en el que terminaba la carrera de armamentos y creíamos que habían llegado ya, por fin, los “dividendos de la paz”, los líderes de los países más prósperos trasladaron al “mercado” sus principios ideológicos y éticos, en una abdicación cuyos trágicos resultados no se han hecho esperar. Ya lo había advertido D. Antonio Machado en sus “Proverbios y Cantares”: “Es de necio /confundir valor y precio”. Se han confundido, se están confundiendo, los valores y los precios. Debe levantarse un gran clamor popular, una gran rebelión pacífica contra este atropello que concentra cada día más poder en menos manos.

“Para cambiar una sociedad, hay que cambiar primero sus dioses”, opina Matías Tomás. También estos dioses, es cierto, están cambiando, pero en el

sentido de mayor sumisión, sectarismo, miedo, superstición. El antídoto para el fanatismo –que es proporcional a la ignorancia- es la educación que libera, que da alas para el alto vuelo de la independencia de criterio y de la libre expresión. Es la educación que forja el sentido de responsabilidad, de compromiso, de cumplimiento del deber. Que dirige la mirada “hacia el otro”, que induce la alteridad, la escucha, la mano tendida. Educación que procura estos ciudadanos libres, independientes, participativos, anticipatorios... en los que soñamos para este otro mundo que es indispensable construir con una actitud cotidiana de diálogo. Frente al fanatismo, a la intransigencia, a la arrogancia, a la violencia, a la fuerza, a la inspiración divina... la serenidad, la conciliación, la templanza. El extremismo es el polo opuesto a la educación, como el sometimiento al dogma sin posibilidad de interpretación es una imposición contraria a la condición de “educado”, que implica decir lo que se piensa y pensar lo que se dice. Resulta inverosímil creer que hoy en día, en los Estados Unidos de Norteamérica, el país-líder de la tierra, se hallan enfrentados el evolucionismo y el creacionismo, como si la imagen y noción de Dios fueran tan pequeñas que no pudiera alterarse ni una sola coma de la literalidad de los textos sagrados.

Es especialmente interesante la reflexión del doctor Tomás sobre la acción anti-selección natural que representa la medicina, la ayuda solidaria a los más vulnerables y frágiles. “La insumisión a los dictados a la evolución”, dice. Y añade: “A través del hombre, la selección cultural sustituye a la selección genética, lo adquirido se impone a lo innato, la inteligencia y la razón prevalecen”. Hoy más que nunca debemos diferenciar la información de la formación, de la adquisición, como proceso personal, de conocimientos. Disponemos de muchas herramientas pero con frecuencia carecemos de la tensión humana, de la pasión y de la compasión que nos

permiten adquirir, junto al saber, la sabiduría. No podemos renunciar a otear de forma constante, tratando de explicar-nos. Como antes mencionaba podemos esquivar darles respuesta, pero las preguntas esenciales están ahí, frente a nosotros.

En un momento de la conversación Jean Dausset dice que “la educación es clave para movilizar las conciencias y alentar el sentido elemental de las responsabilidades que nos incumben en relación con los demás y con la naturaleza”. Es esta “movilización” que debemos, vigilantemente, procurar que no se extinga, que no se atenúe.

Una de las más importantes contribuciones de Jean Dausset, más allá de la biología y de la medicina, es la diversidad infinita, hasta el límite de la unicidad: cada ser humano único, capaz de pensar, de saber, de saber que sabe, de sentir, de saber que siente, de imaginar, de inventar. Diversidad que es la gran riqueza de la humanidad en su conjunto y que, por ello, no podemos tolerar que nos sea arrebatada. “La diversidad de culturas es un patrimonio común de riqueza incalculable, pero es necesaria la transacción entre culturas, entre civilizaciones, para que se vivifiquen y fortalezcan mutuamente”. Interacción constante, para evitar distraernos y convertirnos en espectadores en lugar de autores y de actores. Nos distraemos, nos distraen para que lo infinitamente diverso se convierta en gregario y vulnerable. Nos acechan y nos amedrentan. El miedo, las adicciones, el extremismo,... van erosionando lo “propio”, van alicortando la independencia y la libertad, características básicas de la especie humana: “Los hombres no son si no son libres” sentenció Salvador Espriu en uno de sus poemas más conocidos. Educación, educación para eliminar adherencias, para construir, por el diálogo y la alteridad, “la paz en la mente de los hombres”, como preconiza la constitución de la UNESCO.

“La vida es formas sin fin”, escribió Charles Darwin. Y estas formas diversas y mutables, a un ritmo que depende del entorno, son las que conforman las “letras” de los genes, el lenguaje de la vida, y su traducción al de las estructuras y actividades proteicas... . Jean Dausset explica -como seguramente sólo él puede hacerlo- la diversidad infinita basada en la complementariedad espacial de cuatro moléculas que componen los genes de todos los seres vivos sin excepción, transmitidos físicamente de generación en generación. Diversidad infinita, unidad radical. ¡Darwin no podía, por las apariencias externas, imaginar que, años después, se sabría que toda la fisiopatología depende del “reconocimiento de formas”!. La actividad de enzimas y receptores, su activación, inhibición, regulación en suma, dependen de este “encaje” de formas, como la llave y la cerradura.

Lenguaje universal: todos los seres vivos participan de este código común. Antes de que existieran las condiciones para que la vida apareciera en sus formas más elementales, miles de millones de años transcurrieron desde que la luz “ganó peso” y se transformó parcialmente en masa. Y, luego, las primeras moléculas se fueron asociando y, mediante un proceso de selección de las combinaciones más adecuadas, se inició el maravilloso y misterioso camino que condujo a seres progresivamente más perfectos. Jacques Monod propuso que fuera por “azar y necesidad”. Así puede explicarse lo sucedido, en una ascensión de complejidad, hasta llegar a los primates y, luego, en un espacio de tiempo relativamente corto, a la especie humana dotada de razón. Es en este último eslabón donde, por la desmesura de las cualidades que aparecen, se plantean las grandes interrogantes. “El mecanismo darwiniano clásico de selección progresiva de las mutaciones aisladas no da respuesta a una evolución tan rápida”, explica Dausset.

En efecto, el “gran salto” dio como consecuencia unas capacidades nítidamente distintivas a pesar de la proximidad evolutiva. Estas capacidades permiten que un niño de una tribu remota demuestre las mismas facultades para el aprendizaje que el niño nacido en un contexto “muy avanzado”. “Son numerosas, concluye Dausset, las incógnitas que rodean el momento, las causas o los mecanismos implicados en las sucesivas adquisiciones que marcaron el tránsito al hombre”. La capacidad de aprender, añade, ... “es el hecho capital que marca el paso del simio al hombre”.

Pensamiento y sensaciones, con los símbolos que los representan, van componiendo, como notas en un pentagrama, el lenguaje. Miles y miles de sonidos, de música, de palabras.. han ido surgiendo -la mayoría ignotos, porque no tenían traducción gráfica- y poblando la tierra de estos fantásticos monumentos culturales, también en evolución, que son las lenguas. Las lenguas, expresión de una diversidad que no debemos dejar que se reduzca, se uniformice y, a la postre, se pierda.

“La ciencia es el mayor portento humano; pero por encima de ella está la vida humana que la hace posible”, escribió D. José Ortega y Gasset. Recuerdo cuando el Profesor Hans Krebs me decía en Oxford que “investigar es ver lo que otros también pueden ver y pensar lo que nadie ha pensado”. Y es que buena parte del descubrimiento es creación, imaginar la realidad que subyace a la apariencia.

En la Declaración de Sevilla de 1985 se estableció que era incorrecto científicamente que la condición humana fuera proclive a la violencia, que tuviera inherentes tendencias que los mandatarios debían apresurarse a

contener y corregir. Así se ha justificado durante siglos el uso de métodos coercitivos por parte del poder. Pues no: no son instintos con los que se nace, son actitudes que se hacen, que ahorman poco a poco la conducta de cada ser humano.

Durante siglos, la especie humana -cada uno de sus componentes capaz de la grandeza de crear- ha aceptado, con algunos brotes esporádicos de resistencia y rebelión, el predominio de unos cuantos sobre la inmensa mayoría. Pero ahora –y ésta es la gran esperanza que contiene el libro, lector, que tiene ante sus ojos- ha llegado el momento del “hombre responsable”, el que no acepta lo inaceptable, el que considera la igualdad entre todos los miembros de la comunidad humana como algo indiscutible. Como la libertad y la justicia. Como el compromiso con las generaciones futuras. El que no guarda silencio, el que será capaz de iniciar, en este principio del siglo XXI, una nueva etapa de la humanidad en la que todos los seres humanos cuenten, en la que nadie esté al servicio de otros a los que “debe” todo, incluso la propia vida; en la que la imposición, el “orden y mando” de los menos sobre los más ya no será acatados; en la que los ciudadanos dejarán de votar a los que sustituyan los valores universales por el consumo y el mercado... a quienes utilicen el inmenso poder mediático para asustarlos, someterlos; a los que cambian la educación liberadora por la pertenencia (religiosa, política, cultura, deportiva...) fanática, dogmática, irracional.

Ambos interlocutores coinciden –como ya apuntaba más arriba- en que, al luchar contra la enfermedad y la muerte “nos oponemos a la selección natural y nos enfrentamos a la evolución, la detenemos o la alteramos. Esta rebelión es un hermoso rasgo del hombre moderno, es nuestro honor y nuestra esperanza. Como médicos, no podemos sino adherirnos a esa

desobediencia fragante de las leyes de la naturaleza, a esta rebelión contra el sufrimiento físico y moral”.

Los criterios de elección, “tan ligados a los sentidos”, se hallan en el caso de la especie humana influidos en gran manera, hasta el punto de superarlos, por el discernimiento, por el pensamiento, por la “responsabilidad del ente pensante”. Durante siglos, reducido el espacio vital físico y el espíritu sobrecogido por calamidades y catástrofes, el hombre recurría a los impulsos del espanto para aplacar la cólera de la naturaleza, para desagraviar en su origen las fuerzas que le amenazaban. Con el paso del tiempo y el concurso de los filósofos, los “dioses inmisericordes” se fueron transformando, con semblantes normalmente antropomórficos, en los dioses benévolos y esperanzadores que desde el más allá rigen nuestra existencia. Hoy, después de tantos descubrimientos, después de extraordinarias proezas científicas y técnicas, cada hombre único se enfrenta a las mismas cuestiones básicas, a las mismas elecciones cimentales. La imagen del Dios posible se agiganta porque el “cielo” se hace infinito –como el mismo Ser Supremo- y es preciso “acercarlo” a la mente humana para que su búsqueda tenga el paliativo del posible encuentro. Hay quienes rehuyen profundizar en el gran desafío que comporta el hecho radical de estar viviendo y proclaman “creer” o “no creer”. Su elección anunciada, tema resuelto. Pero no es así: en su intimidad, des-cubiertas muchas cuestiones relativas al misterio de la vida, permanece patente, aunque se haya arrinconado, la gran interrogante que representa el misterio de la muerte.

Destino común. Diversidad sin fin. Igualdad. Jean Dausset, en el curso de este diálogo manifiesta: “Cuando afirmamos que los hombres nacen iguales no decimos que sean idénticos sino que merecen todos por igual nuestro

respeto y tiene derecho a una vida igualmente digna”. Para este igual respeto, para este mejor compartir y equilibrar, es imprescindible que a la democracia a escala local corresponda un sistema democrático a escala supranacional. Son imprescindibles unas Naciones Unidas que dispongan de la autoridad moral y efectiva –como subrayaba al principio- prevista en unos textos fundacionales lúcidamente redactados al término de la segunda gran guerra. Sin embargo, las organizaciones del Sistema no han contado con el apoyo de los países más ricos que, renunciando a los principios de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, han obedecido a los intereses del poder militar, económico y mediático, y han relegado a las Naciones Unidas y sus principales organizaciones a papeles secundarios y de ayuda humanitaria.

El medioambiente se degrada, las culturas se uniformizan y una plutocracia intenta vanamente –máxime cuando cuenta progresivamente con un componente hegemónico- dirigir al mundo hacia objetivos estrictamente materiales. La máxima responsabilidad, hay que insistir en ello, reside en el porvenir. Por-venir que está por-hacer. El pasado podemos describirlo pero ya está escrito. Debemos empezar hoy, sin demora alguna, movidos por un compromiso permanente con las generaciones futuras, a construir este otro mundo posible que anhelamos, en que cada ser humano “dirigirá con sentido la propia vida”. En que unirá sus voces y manos a la de todos aquellos que piensen que, pacíficamente, ha llegado el momento de la democracia global, el siglo de la gente. Son necesarios nuevos “contratos”: en el orden económico y social, en el orden medioambiental, cultural y moral. Y todos ellos afluyentes imprescindibles de un gran plan mundial de desarrollo endógeno, que sustituya con ventaja, también en el ámbito económico, a las colosales corporaciones de industrias militares que hoy se hallan en los entresijos del poder global.

¡El siglo de la gente!. La voz de todos, el clamor popular frente a la imposición y la fuerza. Y nunca más el silencio. Las alarmas saltan... pero los científicos callan. Las universidades callan. Silencio. Los políticos han abdicado de sus responsabilidades. Los científicos no deben hacerlo. Jean Dausset, uno de los pioneros en la necesidad de que la comunidad científica asuma plenamente sus responsabilidades, apela en este libro a la necesidad de información: “Los científicos... además de aportar conocimientos en sus respectivas disciplinas, tienen que asumir una obligación nueva: la de informar a la opinión pública para impulsar su participación en este triple diálogo entre científicos, público y poder decisorio”.

“Podría alcanzarse un mañana donde el hombre, lúcido al fin, sea tan responsable de sí mismo como de sus semejantes”, concluye Dausset. Creo que ésta es la receta suprema, la que evitaría todo extremismo, toda violencia, la que permitiría la igualdad dentro de la diversidad sin fin: desplazar el centro de gravedad de sí mismo a los demás, a todos los que comparten el misterio de la vida y de la muerte.

Es necesario tener la fuerza y resolución indispensables para decir que no se comprende lo que no se comprende. Para atisbar el insondable ámbito del espíritu, como cita reiteradamente el Doctor Tomás, el hombre “vive individualmente su destino, sin encontrar consuelo en lo inevitable de su muerte o en las razones evolutivas de ésta”. “Búsqueda de asideros en un mundo turbulento e inseguro”... nos dice Jean Dausset. Recuerdo al “hombre en la cornisa”, de Juan Rof Carballo, ante la niebla. Con la esperanza que le confiere su desmesura creadora. Con la responsable resolución de transitar desde sí mismo a los demás, al nos-otros, de acelerar –como sólo los hombres y mujeres responsables pueden hacerlo- el

advenimiento de una cultura de diálogo y de comprensión, de paz, desde la cultura de imposición, violencia, fuerza y guerra en la que hemos vivido y con-vivido hasta ahora.

En este libro encontrará el lector orientaciones y senderos para modificar los rumbos actuales e iluminar los horizontes sombríos. Y nos permitirá seguir en su integridad lo que Emilio Lledó ha expresado magistralmente en “Símbolos del alma”: “Mirar, descubrir las cosas bajo la luz del sol, es ya la confirmación de que la realidad humana, el “ser” humano lo es para estar ante lo otro, ante el mundo, y para llenarse de él, para completarse y realizarse en él... . La vida de cada uno (*hékastos*) de los seres humanos es búsqueda (*dsetei*). Expresión, pues, del impulso a salir de sí mismo, a no poder vivir sólo en sí”.

Federico Mayor Zaragoza
Febrero 2005.